

LAIA
JUFRESA

Umami

KINDBERG



Umami

Laia Jufresa

© Laia Jufresa, 2014, 2015, 2016

Publicada mediante acuerdo con VicLit Agencia Literaria

Edición:

© KINDBERG Editorial, 2017

Valparaíso, Chile

www.kindberg.cl

editorialkindberg@gmail.com

Dirección editorial: Arantxa Martínez

Diseño: Sebastián Paublo

Ilustración: *Carmen*, de Renato Órdenes San Martín

Primera edición para Chile: julio de 2017

ISBN: 978-956-9707-03-2

Impreso en Chile en los talleres digitales de RIL ® editores

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso expreso de la editorial.

A María Selene Álvarez Larrauri (aka el Duende)

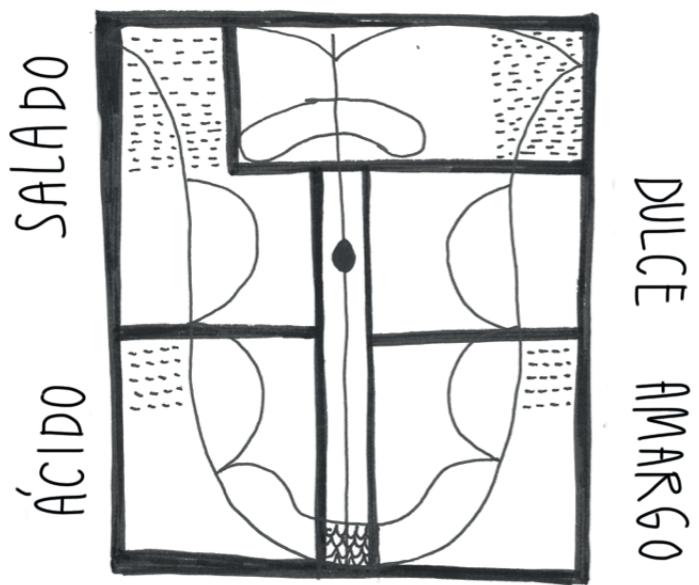


Todo lo sabemos entre todos.

ALFONSO REYES



UMAMI



PASILLO
DISTRIBUIDOR
TECHO DEL
PORTÓN



CAMPANA
PATIOS



I



2004

Una milpa, les dije. Me paré en la silla del comedor y les dije: Maíz, frijol y calabaza junto a la mesa de picnic. Hice un gran círculo con las manos, triunfal, proclamé: Como nuestros antepasados. Los tres miramos a través de la puerta corrediza, hacia el patio donde está la mesa de picnic. Antaño, la mesa se doblaba y podía transportarse. Las dos bancas de los lados se le metían debajo, como patas retráctiles de tortuga, y el todo se convertía en un maletín de aluminio. Pero ya no. Ya no se dobla y ya no la llevamos a los parques. Alrededor de la mesa sólo hay cemento gris, gris de sucio, y una fila de jardineras llena de tierra seca, restos de arbustos, cubetas rotas. Es un patio urbano, incoloro. Si ves algo verde es musgo lo que ves. Si rojo, será algo oxidado.

Y hierbas de olor, les dije: perejil, cilantro, tomatillo, chile para la salsa verde que hace papá cuando hay visitas. Él compró la idea de inmediato: ¿Podría también plantar uno de esos jitomates deformes que comió en la gira por California?, preguntó. Pero mamá, la que según dice ama las plantas, no.

Mamá se fue a su cuarto antes de que yo me bajara de la silla y sólo accedió tres días después al trato. Lo escribimos en una servilleta. Lo firmamos, ligeramente modificado para su confort americano: una milpa con pasto. Las milpas tienen historia en la privada Campanario, no soy la primera en intentarlo. Como sea, ahora es oficial: *A cambio de convertir el patio en una milpa-jardín, Ana puede no ir al campamento y pasar el verano en casa.* Mi propia casa, por cierto. ¿Eso no se llama pagar renta? Habrá quien lo llame así. Pero no ellos. No es que sean crueles, es sólo que aman los lagos. Mamá creció junto a uno. Le dan nostalgia las libélulas.

En la mente de mamá: campamento de verano = infancia privilegiada. Pero aquí campamento es sólo un nombre en código para decir que mis hermanos y yo pasaremos dos meses con su madrastra, la abuela Emma, nadando entre las algas, dándoles de comer piedras a los patos. Mamá entiende la pasión por estas actividades como signo de una constitución sana, como tomar leche o despertarse temprano. Nos crió en una de las ciudades más grandes del mundo pero no quiere que seamos niños de ciudad, que es exactamente lo que somos. Ella misma lleva aquí veinte años y aún se anuda un pañuelo en la cabeza, como otros expatriados despliegan en la ventana la bandera del país que dejaron. Desarraigada, es algo que mamá dice de sí misma cuando hay visitas y bebe vino tinto y se le ponen negros la lengua y los dientes. De chiquita, me imaginaba finas raíces saliéndole de los pies, llenando de tierra sus sábanas.

Protestante, es otra de las cosas que mamá dice de ella misma. Acompaña el término con un gesto preciso: un giro amplio de la muñeca, una suerte de caravana de la mano que sirve tanto para justificarse como para burlarse de ella misma. En nuestra familia el mero gesto significa protestante. Lo usamos entre nosotros, para reírnos de las neurosis particulares de mamá: su obsesión por la puntualidad o por un trabajo bien hecho. Alguien gira la mano y es como quitar las telarañas invisibles del catolicismo nacional. O es hora de ir al aeropuerto, aunque aún sea demasiado temprano. Si alguno hace el gesto los demás entendemos, sin palabras, con conocimiento de causa: ética protestante.

La verdad es que ahora hay un Walmart junto al lago de su infancia. Pero no es sabio mencionárselo. Ni eso ni que ella también podría visitar a Emma. Mamá tiende a olvidar que se desarraigó solita. A veces pienso que yo debería hacer lo mismo. Empacar y largarme en cuanto cumpla catorce años. Pero no lo haré. Porque le encantaría: su hija mayor siguiendo sus pasos. Esa sería la interpretación de la familia, estoy segura: mamá tuerce las cosas con la misma delicadeza firme con la que dobla la ropa y exprime los trapos. He visto fotos de ella cuando tenía mi edad, con el chelo entre las piernas y los pies descalzos. Así era fácil evaporarse. Subir como la espuma. Fácil escaparse y ser rescatada. A mí, cuando me siento, los muslos se me juntan y algo siempre se me está saliendo por un borde del pantalón o de la boca o de la silla. Y de ritmo no entiendo nada. Ni de aventuras. Si yo me fugara, terminaría regresando.

Ahora tenemos dos costales de tierra «buena». El vendedor del invernadero me convenció de que nuestra tierra, la que hay en el patio, no sirve. Dice que está contaminada con plomo. Dice que toda la Cuauhtémoc, toda la Benito Juárez y todo el centro tienen niveles alarmantes, de hasta cuarenta miligramos de plomo por cada kilo de tierra. No sé si le creo, pero igual le compré la tierra. Sobre todo para que mi amiga Pina y yo pudiéramos irnos de allí. No nos miró las tetas ni nada, pero sí clavó muy lento las manos en el saco de tierra, hasta el antebrazo, mientras hablaba de suelos y abonos. Entonces Pina, que me había acompañado con tal de que después fuéramos por una horchata, me dio un codazo. Compra la tierra, me dijo: Ya hay suficiente mierda en el atún.

Durante nuestra pausa en La Michoacana de la esquina, un negocio que sobrevive básicamente gracias a nosotros, le pregunté a Pina: ¿Crees que era un perverso? Pi se lamió los labios y acarició uno de los costales, gimió: Mmmm, tierra. Se puso la mano entre las piernas: Mmm, ¡lombriz con plomo! A veces me da pena salir con ella a la calle. A veces nada más envidia. A Pina no sé decirle que no. Cuando íbamos en tercero de primaria me obligó a jugar un juego en el que te rascabas la mano hasta sangrártela. Hicimos pacto de sangre entonces, de ser hermanas. Pero últimamente no somos iguales, me da envidia todo lo que hace, todo lo que le pasa, que siempre es más interesante que lo que me pasa a mí. No sé cuándo empezó. Sí sé cuándo empezó. Cuando reapareció su mamá empezó. Antes teníamos cada una su fantasma, ella su mamá y

yo mi hermana, pero hace tres meses su fantasma la contactó por internet. No es igual, claro, que tu mamá se vaya o que tu hermana se muera, pero ¿qué es más interesante: una mamá que reaparece o una que nunca va a ninguna parte?

Pina paró de gemir y dijo: No digas pervertido.

¿Por?

Hay pendejos que lo dicen de los gays. Esa palabra es discriminatoria.

Discriminatoria.

Eso.

¿Echo la tierra nueva sobre la vieja y me olvido? Estamos en el patio. Pina tiene un brazo levantado y la cara girada hacia su propia axila, que con la mano opuesta y unas pinzas va depilando. Cuando le da tortícolis, cambia de lado. Parece una garza: bonita y torcida. Miro hastiada los costales de tierra nueva, que no contestan. Me gusta la palabra hastío. La entiendo como esto, como esta hora en que lo único despierto son las moscas. Todo está detenido, todo apesta a cemento con polvo. No sé del plomo, pero sí encontré una chancla en la tierra vieja. Y unas corcholatas, y —enterrado con alevosía y ventaja— a mi perro de peluche que desapareció hace cinco años. Si mis hermanos no estuvieran en el campamento, ya estaría planeando mi venganza.

Pina, que no sabe de lo que habla, dice: Tienes que sacar la tierra vieja.

¿Y qué hago con ella?

Se la vendes a Marina. O se la regalas, para que plante algo y coma algo.

¿Con plomo?

Es un mineral, Ana: le hacen falta.

Tal vez lo que le hace falta es leer *Umami*.

¿Qué es eso?

El libro de Alf, te lo pasé hace mil años.

Se lo regalé a alguien. ¿Era una novela de pedofilia?

Nada que ver, es un ensayo antropológico sobre la relación entre el quinto sabor y la comida prehispánica. ¿En qué privada vives?

Ya sé qué es el umami, pero ¿por qué escribió un libro con el nombre de su casa?

Qué tonta eres.

Tonta tú que no sabes qué hacer con tu tierrita.

Papá sale por la puerta corrediza. Hace dos meses se quitó la barba y todavía no me acostumbro. Se ve más joven. O tal vez más feo. El otro día llegué a su ensayo para que me diera un aventón, y me costó reconocerlo. Toda la vida ha estado sentado al fondo del escenario, pero antes siempre lo ubicaba. Se ve que era sólo por la barba. Pero no es momento de mencionárselo. Le devuelvo los veinte pesos que me sobraron del invernadero.

Papá se sienta con su cerveza en la banca y sube los pies a mis costales. Guarda el dinero en su cartera. Le prometí que el proyecto sería una buena inversión, que en realidad no sé qué significa. Le explico del nitrógeno en la tierra, primero. De

cómo el maíz va a quitárselo, y cómo el frijol va a devolvérse-lo. Luego, le explico del plomo. Tal vez exagero un poco. (Tóxico, le digo, y: cancerígeno.) Papá se queda mirando a mamá por la ventana: hoy trae un turbante anaranjado, lava los platos y mueve los labios, parece una carpa japonesa. Acordamos no contarle del plomo. Mamá es el tipo de persona cuyo corazón se rompe a la menor mención de polución y/o progreso.

Le propongo a papá comprar una manguera. Papá se pone a calcular. Preocuparse por el dinero es uno de sus tics. Cuando le da, junta los ojos. Para distraerlo, le explico de los tomates. Algunos, le prometo, serán deformes y otros serán morados. Pina me ayuda, levanta su pinza y con ella traza movimientos verticales: algunos tendrán rayas, dice. Esto emociona a papá. Va a la cocina por otra cerveza y lo vemos tratando de convencer a mamá de que salga. Tomates tigre, le está diciendo y, también: Quality time. Con su acento que solía hacerla reír. Pero mamá no sale. Mamá no cree en los patios. En su cabeza los patios equivalen a algo patético y mal nutrido, algo que se revuelca en su propia suciedad, algo enjaulado.

O, ¿no se te hace que está muy acá?, pregunta Pina.

¿Quién?

¡Marina!

Papá sale y anuncia que no va a comprarme herramientas. Debo conseguirlas prestadas. Apuesto a que es su respuesta al comentario usual de mamá: La consientes demasiado.

Le pregunto a quién se supone que se las voy a pedir prestadas, las herramientas, pero papá nada más aplasta con el pie

la lata de su cerveza anterior. Hace veinte años que toca los timbales en la Orquesta Sinfónica Nacional: cuando produce un eco, sabe dejarlo sonar. Después de un rato, alza la cabeza y se le queda viendo a Pina. ¿No te duele?, le pregunta.

Pina dice que sí.

¿Por qué no mejor te rasuras?

Porque te vuelven a salir más rápido, explico yo entre dientes. Papá entiende: no pregunta más. Pina se guarda la pinza en el bolsillo de su short, cruza los brazos atrapando cada mano en una axila, dice: Tengo que empacar. Se levanta y nos da un beso a cada uno.

¿No te quedas a comer?

No puedo, me voy mañana a ver a Chela y no tengo bloqueador y etcétera.

Me la saludas, dice papá.

Pero yo no sé qué decir y Pina se va. Por la ventana la veo abrazar a mi mamá: carpa japonesa, garza china.

Llega un mail de mis hermanos recién aterrizados en Michigan: los boletos, siempre cortesía de la aerolínea para la que nuestro abuelo, al que casi no recordamos, piloteó durante toda su carrera. Antes, nada me emocionaba más en el mundo que volar con ellos, como si todos fueran parte de una gran familia extendida, brilllosita, con neceseres azules llenos de sorpresas para los nietos de pilotos, infinitamente superiores a los envueltos de dulces que recibía en las fiestas de mis compañeros de escuela. Me colgaban un gafete del cuello y yo lideraba

a mis hermanos. Cuando todavía éramos cuatro no cabíamos todos juntos: se sentaban ellos tres en una fila y yo, al otro lado del pasillo, fingía que volaba sola. Entonces, Emma no tenía ni teléfono. Ahora a cada rato manda fotos que toma con su celular. Hace poco vio un documental (un powerpoint de esos que le encanta reenviar) sobre el cáncer de piel. De allí que, en las fotos que llegan con el mail, Theo trae gorra, Olmo visera y ella un sombrero cónico, seguramente del Penny Savers, donde compra todo por triplicado porque sabe que se va a romper. Los tres tienen un tono fantasmagórico infligido por la densa crema solar, pero Emma tiene un cigarro entre los dedos porque no hay powerpoint que la convenza de dejar eso.

El año pasado, Theo intentó explicarle que le convenía comprar un solo ejemplar de mejor calidad que tres chafas de, por ejemplo, una linterna. La abuela lo dejó pontificar a gusto pero, cuando él terminó, ella contestó: Se nota que no viviste una guerra. Theo se tardó en reaccionar porque para cuando le dijo: ¡Tú tampoco!, Emma ya se había alejado por el pasillo de los detergentes, con su carrito bien lleno por triplicado.

Cuando alguien intenta oponerse a este hábito suyo, tan incoherente con el resto de sus costumbres hippies y, como ella presume, anti-establishment, la abuela Emma se defiende con el argumento de que comprando en el Penny Savers apoya la economía birmana, o taiwanesa, o de alguno de esos países en vías de expansión.

Sólo el universo está en expansión, dice Theo.

Y ella dice: All rightie, then.

Mamá llora con el mail, llora con las fotos. Se pone peor en verano. Como un río sucio trae basura, cada verano acarrea hasta nuestra puerta el aniversario de muerte de mi hermana Luz. Era la menor.

¿Era la mejor?, preguntó una tía sorda en esas semanas en que nos salía familia de por debajo de las piedras, como insectos que sólo viven un día: el de dar el pésame.

No, le grité: Era la más chica.

Luz tenía casi seis años cuando se ahogó. Así decía ella desde que cumplió los cinco: Tengo casi seis. Yo tenía diez. Mamá no ha vuelto al lago desde entonces, pero insiste en mandarnos. En su mente, si te caes del caballo has de subirte otra vez. O, si no tú, al menos tus hijos.

¿Hay algo que quiera decirle a sus hijos?, preguntó la psicóloga la única vez que fuimos a una terapia todos, poquito después de que murió Luz. Llevábamos una hora hablando, sobre todo papá y Theo, y yo, pero mamá no había dicho absolutamente nada, ni Olmo, que estaba muy chiquito. La doctora alzó mucho las cejas para indicarle a mamá que nuestro futuro estaba en juego, nuestra salud mental estaba en juego, es lo que llevaba una hora repitiéndonos. Mamá concedió, finalmente. Nos miró uno por uno a los tres hijos que le quedábamos y dijo, tan lento que se le notaba el acento extranjero: Niños, ustedes son valientes y yo no soy un pez.